



Alice
Kellen

Tú y yo,
invencibles

Alice Kellen

Tú y yo, invencibles

 Planeta

JULIETTE
NI TÚ NI NADIE (ALASKA Y DINARAMA)

Dejé de confiar en los hombres cuando tenía nueve años. Mi padre me prometió que iría a recogerme el fin de semana para que pasase con él unos días en Francia. Pero no apareció. Mi madre, a la que ya había empezado a llamar Susana, me dijo que había tenido problemas en el trabajo. Yo sabía que eso era mentira porque rara vez trabajaba; era el típico hombre que siempre estaba metido en nuevos negocios que fracasaban casi antes de empezar. ¿Conoces a esas personas que gozan más de la idea de tener algo que de disfrutarlo cuando finalmente lo consiguen? Pues ese era mi padre; como su familia era rica, podía permitirse ser idiota. Meses más tarde, cuando llegó la Navidad y ya tenía la maleta preparada para pasar esos días en Francia, llamó y anuló el viaje. No recuerdo qué excusa puso en esa ocasión, pero sí que jamás volví a esperar nada de él.

«Puedes joderme una vez, pero no voy a dejar que me jodas una segunda». Me grabé esa regla a fuego en mi manual de supervivencia.

Hasta que conocí a Lucas, tenía las ideas claras.

Había crecido en el seno de una familia acomodada. Vivíamos en el ático que mis abuelos tenían en la calle Hortaleza, en pleno centro de Madrid. Era un edificio que hacía esquina y el portero se llamaba Roberto; recuerdo con nostalgia la galería de arte que había al lado, porque siempre me quedaba mirando los cuadros del escaparate, preguntándome quién los habría pintado y, sobre todo, qué era lo que quería expresar. Aquel lugar era un buen punto de partida. Toda historia tiene un comienzo y la mía es esta: mi madre se creyó muy rebelde a los dieciséis, se fugó con un francés cinco años mayor que ella que conoció en el club

de golf al que iba con mis abuelos y se quedó embarazada. Tardó menos de un año en regresar a casa, en el verano de 1956. Ella no estaba preparada para ser mi madre y probablemente yo tampoco lo estaba para ser su hija, así que se llegó al acuerdo de que me criase la interna que vivió con nosotros hasta que dejé de ser una niña. Y todos fuimos felices y comimos perdices.

O ese sería el final si la historia hubiese terminado ahí.

Pero crecí. A mi madre siempre la vi como a una hermana mayor y me acostumbré a llamarla por su nombre de pila: Susana. Mis abuelos eran generosos conmigo. Él siempre olía a puro caro. Y ella era una de esas mujeres que pese a la edad se mantenía asombrosamente bien.

Yo heredé su belleza.

Creo que empecé a darme cuenta a los trece años. Fui al quiosco a comprar un paquete de tabaco y el dependiente me dijo que no tenía edad para fumar. Me incliné y se lo pedí «por favor». Entonces me miró las tetas, sacó una cajetilla y me la tendió.

No lo hice adrede. No quería que se fijase en mi escote. No pretendí que mi súplica sonase cautivadora ni nada por el estilo. Pero los hombres tienden a confundir la amabilidad con la seducción. En realidad, los hombres tienden a confundirlo todo. Ponles delante una manzana y un melocotón, aprieta los pechos para dejarles ver de más y a los cinco minutos pregúntales qué tienes en las manos y gritarán: «¡Sandías!, ¡sandías!».

Fueron ellos los que originaron que me diese cuenta de ciertos cambios. En el colegio nunca había sido popular ni tenía muchas amigas. Era espigada, flaca y tenía las palas un poco grandes y separadas. Los chicos del barrio me llamaban Julie el espagueti; muchos años después, disfrutaba paseando delante de ellos con el vestido más corto que tenía para verlos desear algo que nunca podrían tener. El caso es que, cuando empecé a ir al instituto, estaba cambiada. Ese verano supuso un antes y un después. Pronto me di cuenta de que mi altura ya no era un problema, mi cuerpo escuálido se volvió más curvilíneo y dejé de tener un rostro redondeado propio de la niñez. Se me marcaron los pómulos, me depilé las cejas por primera vez y me dejé flequillo.

Ya no era invisible.

No me gustaba especialmente ir a clase, pero las cosas mejora-

ron. Hice un par de amigas, Anabel y Laura, y también empecé a interesarme por los hombres. La mayoría de los chicos con los que salíamos por las tardes me parecían inmaduros y poco interesantes, pero durante una fiesta de cumpleaños dejé que Mateo me tocara los pechos por encima de la camiseta mientras nos estábamos liando. Unos meses más tarde, me acosté con Raúl cuando sus padres se fueron de fin de semana y dejaron la casa libre. No me pareció especialmente placentero, más bien todo lo contrario. Y cuando me miró con una expresión de satisfacción en su rostro ocurrieron dos cosas: la primera es que me sentí bien por haber conseguido despertar deseo en él, y la segunda es que lo odié.

El odio es un sentimiento muy infravalorado. La gente siempre lo asocia a cosas negativas, pero ¿qué pasa con todo el poder que palpita dentro de esa palabra? Existen dos formas de canalizarlo; si dejas que se te meta dentro es dañino, pero si solo permites que te envuelva puede convertirse en gasolina. Y provocar que el mundo estalle en llamas de vez en cuando está bien, sobre todo si eres tú quien controla el fuego y tiene la cerilla en la mano. El odio puede ser una chispa, un desencadenante, un relámpago.

Y también la manera de mantenerte a salvo.

En el caso de los hombres, fue así. Creo que el odio fue la razón por la que, durante mucho tiempo, pensé que jamás podría enamorarme. La psicóloga a la que acudí años después solía decir que el desprecio y la ausencia de mi padre era una cicatriz en mi piel; por lo visto, me empeñaba en escribir encima de esa señal. «Tienes que dejar que siga curándose al sol y pensar en otro nuevo lugar donde poder empezar desde cero».

Creo que en parte lo conseguí. Pude empezar a trazar una vida sobre la carne lisa e intacta, pero en el fondo nunca dejé de mirar de reojo la maldita cicatriz.

No debería haberme importado tanto. Es decir, mi madre no era apenas mi madre, pero al menos estaba cerca, aunque cada dos por tres se ausentase de casa con su novio de turno. No solían durarle más de unos meses y siempre regresaba. Lo hacía como si nunca se hubiese ido. Me levantaba un miércoles cualquiera y, después de semanas sin verla, me la encontraba en el salón con el cabello suelto y ahuecado en un intento de imitar a Farrah Fawcett y preparando pan tostado con chocolate. Creo que adop-

té de ella la costumbre de ser un ave migratoria: alguien me dijo una vez que a pesar de volar lejos siempre vuelven al nido. La cuestión era que Susana estaba, aunque fuese a medias, como cuando el semáforo parpadea en ámbar. Mi abuelo Miguel hubiese sido el color rojo; siempre firme. No recuerdo haberlo visto sonreír excepto cuando Franco salía en la televisión. Mi abuela Margarita era el verde, la persona que más quería del mundo y la única que me conocía.

Margarita había sido la hija mayor de un doctor y su noviazgo con mi abuelo fue fugaz antes de la boda, como si ambas familias tuviesen prisa por unir sus apellidos. Una vez le pregunté si se había enamorado y, en lugar de responder un «sí» firme, me contestó que existían muchos tipos de amor:

—Está el sosegado, el puro, el amistoso, el...

—Yo quiero el intenso —la interrumpí.

Mi abuela sonrió y colocó bien las flores frescas que la chica del servicio acababa de poner en el jarrón que presidía la mesa. Siempre hacía eso: ir detrás de los demás y dar el último toque; movía las tazas unos centímetros, alisaba arrugas de las cortinas que no existían, cazaba motas de polvo con la yema de sus dedos o separaba las flores. A mí me daba la impresión de que se aburría y necesitaba hacer algo.

—El intenso es el más peligroso.

—¿Cómo fue el tuyo?

—Mmm, amable.

Yo tenía quince años y mi abuelo había muerto a principios del invierno que estábamos a punto de dejar atrás. Margarita llevaba un sobrio vestido negro de luto que apenas se distinguía de los otros tantos que solía usar. En eso no nos parecíamos. A mí me encantaba la moda. Estuve insistiendo durante meses hasta que me dejaron comprarme un pantalón corto, y me fascinaban los estampados de flores de la época que llegarían algo más tarde, las minifaldas de pana, los cinturones marcando la silueta de la mujer, la explosión de los tonos naranjas y ácidos o los pantalones ajustados en la zona de la cintura y acampanados.

Pensé que la palabra «amable» parecía muy gris para hablar de amor, aunque el rictus serio en el rostro de mi abuela me advirtió de que no era un tema sobre el que le gustase profundi-

zar. Ese día comprendí que mis abuelos nunca habían estado enamorados. Y, sin embargo, rara vez discutían. Eran justo eso: amables el uno con el otro, aunque nunca fue una relación igualitaria; él traía el dinero a casa y él tenía la última palabra. Cuando ella quería conseguir algo, como que asistiesen a la boda de unos amigos a la que a él no le apetecía ir o que cambiasen el destino de las vacaciones de ese verano, tenía que hacerlo mediante una sutil pero efectiva manipulación: pedía al servicio que esa noche preparase su estofado favorito, sacaba la cubetería cara, se ponía un vestido elegante y su mejor perfume. Luego decía cosas como «Miguel, ¿qué tal te ha ido en el trabajo?, ¿un día duro?». Él se desahogaba como un niño y ella escuchaba, asentía y le añadía más salsa a su plato mientras comentaba: «no deberías trabajar tanto» o «eres un hombre demasiado bueno». Y cuando mi abuelo estaba relajado y lleno, ella daba la estocada final: «Por cierto, me gustaría ir a la boda de los Romero. Tengo un tocado que llevo meses queriendo estrenar y a ti te vendría bien relajarte un poco». Y él se quedaba confuso por un instante, como preguntándose en qué momento la conversación había dejado de ir sobre su propio ombligo, y luego asentía con la cabeza: «Está bien, iremos a esa boda».

Me prometí que jamás tendría que preparar el terreno para decir lo que me apeteciese. No dejaría que un hombre tuviese el control de mi vida ni tampoco de mi dinero. No pediría permiso a nadie para coger lo que me correspondía: mi libertad.

Para la abuela Margarita la libertad llegó de forma inesperada tras la muerte del abuelo. ¿Y qué hacer cuando tienes las manos llenas de algo que casi desconoces? Susana no aparecía apenas por casa porque había empezado a salir con un empresario que vivía en Ópera; así que, esa época que pasamos a solas, convertimos el ático en un refugio para las dos. Corría el año 1971 y, juntas, vimos a Karina actuar en Eurovisión con un bonito vestido de color azul cielo; cogimos la costumbre de preparar limonada y degustarla mientras escuchábamos la radionovela *Simplemente María*, y la boda entre Julio Iglesias e Isabel Preysler nos amenizó el frío mes de enero. Mi abuela me daba diez pesetas para que bajase al quiosco y le comprase la revista *Hola*; hacía tiempo que yo había dejado de leer la *Lily* porque me resultaba infantil, pero de

vez en cuando aún la miraba de reojo y con cierta resignación. Igual que miraba la galería de arte que estaba al lado del portal de nuestro edificio.

Casi todos los cuadros eran bodegones o retratos. También había muchas obras paisajistas: un bosque de altos abetos por los que se colaba la luz del sol, un mar en calma que sobrevolaban las gaviotas o una casa de madera en mitad de un prado lleno de trigo y salpicado de trazos ocres y amarillos. Pero ninguno de esos llamaba mi atención como un pequeño lienzo que estaba en una esquina, casi escondido tras otros dos. Era un cuadro muy oscuro y simulaba la noche de Madrid en una pintoresca terraza de la ciudad; no era el tipo de obra que la gente del barrio compraba habitualmente para colgar en sus salones, lo que explicaría que llevase más de un año allí sin venderse.

Siempre ralentizaba mis pasos cuando llegaba hasta él para poder mirarlo un poco más antes de dirigirme al portal. Luego Roberto me abría la puerta dándome los buenos días y yo le llevaba a mi abuela la revista y la veía leer mientras se tomaba una infusión de manzanilla.

Y así pasamos aquel año, que fue el germen del cambio que estaba por llegar cuando empezase el instituto; mi abuela y yo redescubriéndonos entre charlas llenas de frivolidades y profundidades, lo mismo daba. Ella escuchaba atentamente cada vez que soñaba despierta y le hablaba de viajes y de moda y de hacer cosas temerarias.

—Me recuerdas a tu madre cuando tenía tu edad.

Reconozco que eso me molestó, aunque no se lo discutí. Quería a Susana, la quería como se quiere a esa hermana mayor con la que a veces discutes porque usa el secador demasiado tiempo, a pesar de que sabes que la reconciliación no tardará en llegar. Pero no quería ser como ella. No quería ser débil. Ni estar triste tan a menudo. Ni necesitar a un hombre para sentirme completa.

Pues eso, que hasta que conocí a Lucas tenía las ideas claras.

Me sentía como un pájaro que volaba libre hacia su destino. Pero entonces apareció una flecha de la nada y, ¡pum!, se clavó hasta el fondo en el pequeño corazón.

Ya no hubo manera de sacarla de ahí.

LUCAS

PONGAMOS QUE HABLO DE MADRID (JOAQUÍN SABINA)

Nacer en Vallecas son todo ventajas: no tienes altas expectativas que al final acaben por no cumplirse y te lleven directo a una depresión, aprendes pronto que es mejor mantener la boca cerrada si no quieres que te partan la nariz, que el dinero no cae del cielo y que no hay nada que sobre en la mesa con lo que no se puedan hacer croquetas.

Crecer entre sus calles fue una lección de vida. Vivíamos cerca del puente de los Tres Ojos, que antiguamente cruzaba el arroyo de Abroñigal. Todos los recuerdos que guardo de mi infancia me salvaron de terminar siendo una persona aún peor. Puedes ser un cabrón, un imbécil y un egocéntrico, pero no un mentiroso. Y eso sin duda marca la diferencia. Así que, cada vez que estaba a punto de tocar fondo, me aferraba con uñas y dientes a las imágenes de una niñez que lentamente se iba desdibujando.

Recuerdos que se convirtieron en salvavidas.

El primero, el más inocente, tenía que ver con un coche verde y viejo que mis padres nos regalaron a mi hermano Samuel y a mí la Navidad en la que cumplí siete años. Para una familia que vivía en una de las zonas más pobres del barrio, fue un capricho que no podían permitirse. Mi padre me contó años más tarde que lo compró una fría tarde de invierno; había empezado a nevar cuando volvía del trabajo y pasó por delante de una juguetería. Sonaban villancicos; el coche brillaba en el escaparate y pensó que tenía que ser para sus hijos. Cuando llegó a casa y se lo contó a mi madre, ella no dejó de repetir «pero ¿qué has hecho, Ángel?». Teniendo en cuenta que contaban cada peseta que llegaba a casa, aquello fue una temeridad. Pero no existió en el puto mundo nada material que cuidase tanto.

El segundo era el único que me evocaba paz. Las manos de mi madre sosteniendo en alto sábanas blancas recién lavadas, antes de que las tendiese, cuando les daba una sacudida. El aroma del jabón flotaba alrededor y ella sonreía satisfecha. Se llamaba Ana. Un nombre sencillo para una gran mujer. Me enseñó casi todo lo que sé de la vida.

El tercero tenía que ver con mi hermano Samuel. Nos llevábamos un año, él era el pequeño. Antes, cuando las familias eran más jerárquicas, la antigüedad marcaba diferencias. Vivíamos en una casa baja y el suelo del salón era irregular. Nosotros jugábamos durante horas a las canicas. Las hacíamos rodar y conocíamos los rincones donde había una inclinación mayor. A Samuel le encantaba una canica de color verde que era muy brillante y yo prefería la más grande, porque desde pequeño tuve claro que el dicho «menos es más» no iba conmigo. Mi hermano siempre fue mi persona favorita en este mundo y el más inteligente de los dos: podías preguntarle cualquier ecuación numérica y te la resolvía de cabeza y sin pestañear. Incluso cuando solo éramos dos críos jugando a las canicas sobre las baldosas frías del suelo, sabía que conseguiría hacer algo importante.

Y el cuarto recuerdo, el que marcó mi destino, era el de mis tíos regalándome la guitarra de mi primo José dos meses después de que él falleciese. Había ocurrido en un accidente laboral; trabajaba en la obra construyendo un edificio que iba a ser un centro comercial o algo así, pero se precipitó desde el quinto piso y murió en el acto. Heredé su guitarra, esa que se compró de segunda mano tras ahorrar durante meses. Los fines de semana siempre me las ingeniaba para ir a su casa y pedirle que me enseñase a tocar algo nuevo. Gracias a mi primo José empecé a escuchar a Led Zeppelin, Rod Stewart y The Who. Fue la semilla.

Y cuando coges una semilla y la cubres de tierra y la riegas, es probable que salga algo. Pero eso es solo el comienzo. Un pequeño tallo alzándose hacia el sol y que está expuesto a las adversidades del mundo: lluvias, viento, pájaros hambrientos, insectos, frío...

Solo los más fuertes sobreviven.

Tuve una infancia feliz, pero creo que nacer en un lugar lleno de escasez terminó por fortalecerme. Tenía claro qué quería y qué no. Por ejemplo: no quería estudiar, pero sí quería pasar-

me el día en el instituto tonteando con las chicas. Otro ejemplo: no me apetecía trabajar, pero sabía que era la única salida. O el más revelador de todos: no tenía intención de morirme, pero me pasé años metiéndome cualquier mierda que caía en mis manos.

Así que tener las ideas claras no te libra de nada.

A los dieciséis años comencé a trabajar en el taller mecánico que el padre de Marcos abrió en el barrio. No recordaba ningún momento de mi vida antes de considerar a Marcos mi mejor amigo, así que probablemente empezamos a serlo desde que en el colegio nos elegíamos los primeros para ir en el mismo equipo de fútbol durante la hora del patio. Era un tipo flacucho, de ojos rasgados y sonrisa fácil, aunque no era especialmente bonita porque le faltaba un trozo de diente. La culpa fue mía, que le di una palmada en la espalda mientras bebía de un botellín de cerveza. En mi defensa diré que Marcos siempre ligaba contándoles la historia a las chicas, aunque se inventaba más de la mitad.

—Entonces me da un golpe en la espalda y oigo un jodido crujido —decía mientras Sara y Pilar lo escuchaban con atención—. Y pienso, ¿pero qué coño ha pasado?

—Pobrecillo —Pilar suspiraba.

—¡Me había roto el puto diente!

—Solo un trozo —recalcaba yo.

—Así que me giro, lo cojo del pescuezo y le digo, ¿te has vuelto loco? Voy a matarte. Y Lucas echa a correr, pero lo pillo antes de llegar al final de la calle...

Todo eso y el relato de cómo me había dado una torta era el aderezo de la historia y la parte que más solían disfrutar las oyentes. Ciencia ficción. En realidad, estuvo a punto de echarse a llorar y no paraba de balbucear «¡que me he tragado el diente, joder!»

Pero le dejaba lucirse. Era mi forma de pagar la deuda. Y no solo porque le había roto el diente, sino también porque su padre, Roberto Alcañiz, me había ofrecido un trabajo en el taller cuando recibí mi Certificado de Escolaridad. Para ser sincero, no tenía ni puta idea de coches. Marcos, que hasta entonces ayudaba a su familia en el negocio los fines de semana, me enseñó algunas cosas básicas y con la práctica fui cogiendo experiencia.

Cobraba 9.500 pesetas al mes y casi todo el dinero iba a parar a mi casa.

Samuel estaba a punto de terminar bachiller y yo me había empeñado en que pudiese entrar en la universidad. Habían salido unas becas nuevas para gente con pocos recursos, pero él seguía negando con la cabeza cada vez que le decía que, si quería, podría ser médico. O científico. O astronauta. Yo qué coño sé. Cuando veía a mi hermano con la cabeza metida en sus apuntes y me acercaba a él por detrás, no entendía ni una palabra de lo que había escrito ahí. Lo dicho: él siempre fue el más listo de los dos, el que estaba destinado a hacer algo grande. A mí, en cambio, se me daba bien trabajar y llevar dinero a casa.

—¿Has hecho ya la solicitud? —le pregunté una tarde.

—Sabes que no. Y déjalo, Lucas, no insistas.

—¿Y por qué cojones no elegiste alguna mierda de Formación Profesional si no pensabas ir a la universidad? No me jodas, Samuel.

Me encendí un cigarro. Estaba cabreado con él por rendirse tan rápido. Sí, quizá era un poco arriesgado imaginar un futuro prometedor para Samuel, pero si no podíamos soñar alto, entonces no nos quedaba nada. Y llevaba años ahorrando cada peseta que ganaba para que alguien de esta familia pudiese salir del agujero en el que vivíamos. Probablemente, visto desde una distancia esclarecedora, éramos mil veces más felices que la mitad de los pijos de Madrid. Teníamos un padre comprensivo que jamás nos había puesto una mano encima, una madre que nos adoraba y comida caliente en la mesa. Pero quería que mi hermano tuviese la oportunidad de estudiar porque era más inteligente que muchos de esos gilipollas que llenaban las universidades sin méritos propios. Y también quería un coche. Y una guitarra nueva. Y ¡qué narices!, quería que alguien me abanicase mientras bebía cerveza tumbado en una hamaca, ¿por qué no? No me daba la gana conformarme con «lo que tocaba».

Sí, jugaba a la lotería con menos números.

Pero jugaba, que era lo importante.

—Escúchame, irás y no se hable más. —Cogí el cenicero que estaba en la mesa, le di una calada al cigarrillo y tiré la ceniza—. Tienes que hacerlo.

—No hay dinero, Samuel.

—Sí que hay. El mío.

—No es una opción.

Apagué la colilla, expulsé el humo y me acerqué a mi hermano. Samuel no se movió cuando cogí su rostro entre mis manos para obligarlo a mirarme. Tenía mis mismos ojos de color marrón mierda, aunque mi madre solía puntualizar que eran de un tono similar al de la miel, una manera mucho más elegante de describirlos. Se había ido fortaleciendo con los años, pero, cuando era un niño, mi hermano era enclenque y tenía una sensibilidad que nuestro entorno no sabía apreciar. Volvía a menudo llorando del colegio, hasta que pillé a los cabrones que le estaban jodiendo la vida y me aseguré de que nunca más volviesen a molestarlo. Yo siempre le decía: «Samuel, si alguien te golpea, tú golpeas más fuerte».

—Si la vida te da un don, tu obligación es aprovecharlo. Tienes que hacerlo, no solo por ti, también por mí, ¿de acuerdo? Por los dos, Samuel.

Se quedó mirándome unos segundos en silencio.

—Está bien, mandaré la solicitud.

Sonreí satisfecho. Dudo que él pudiese imaginar lo importante que era para mí que diese aquel paso. Nadie daba un duro por nosotros, los Martínez que vivían al final de la calle. No teníamos ni un solo familiar que hubiese estudiado, ni primos terceros ni los hijos de los tíos de mi padre que vivían en el pueblo, en El Real de San Vicente.

—Vamos a celebrarlo. Te invito al cine.

—¿Otra vez para ver *La rebelión de las muertas*?

Estaba seguro de que no esperaba una respuesta, porque sabía que era un sí. Cuando llegaba a las salas de sesión continua alguna película que me gustaba, pasaba los domingos allí dentro, aunque tuviese que tragarme la otra cinta que solían poner de relleno. El año anterior, cuando estrenaron *El Padrino*, me aprendí los diálogos de memoria e imitaba la voz de Don Corleone: «Un hombre que no pasa tiempo con su familia nunca puede ser un hombre de verdad». Si mi hermano me acompañaba, el plan era todavía mejor. Así que, aquel día, caminamos hacia los cines, que quedaban lejos, con la idea de un futuro diferente sobrevolándonos a los dos.

Apostarlo todo a un número era la solución.

Al menos, lo fue hasta que apareció Juliette.